

Don Juan Tena Fernández

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

En la madrugada gélida del día 4 de este naciente enero de 1967, entregó su alma a Dios, del que la había recibido hace 78 años, el Ilmo. y Rvdmo. don Juan Tena Fernández, sacerdote ejemplar y diligente operario evangélico de la Viña del Señor.

«Tal es la vida, así es la muerte», reza un sabio aforismo popular. Cierto que todos deseáramos la muerte de los justos; mas para gozar de tan singular ventura, hay que vivir como ellos vivieron.

Don Juan, según le llamábamos en síntesis de viva y respetuosa cordialidad sus mejores amigos, se ha despedido, en su tránsito, con aquella religiosidad solemne y cristiana, que, naturalmente, exigía una vida como la suya, consagrada por entero a la mayor gloria de Dios, santificación de las almas, honor de la Madre Iglesia y engrandecimiento de España. Así, ha muerto confortado con la gracia de los últimos sacramentos, Bendición de Su Santidad, el cariño de sus familiares, fuertes oleadas de gratitud devocional de las Religiosas de su Congregación y el afecto de sus hermanos en el sacerdocio, de los que era como un bendito y acogedor patriarca. Y apenas se había apagado la voz de sus últimas plegarias a la Sagrada Eucaristía y a la Virgen, pura y bella, que amaba con delirio, de repente, su alma, por la misericordia de Dios, voló rauda a tomar parte en los coros de la celestial Jerusalén.

El óbito del *Fundador* trujillano, ha producido en el alma del pueblo, una nota de dolor que rápidamente se extendió por la ciudad cuando las campanas de parroquias y conventos, lo anunciaban con tañido funeral.

Y es que, el inmenso vacío que deja

entre nosotros, llena el ánimo de pesar. ¿Quién le sustituirá en la múltiple y prodigiosa actividad de que él sólo era capaz? Cierto que Dios nunca deja huérfanos a los pueblos, pero en la hora presente, no se divisan hombres que abarquen tan amplios y relevantes cometidos.

* * *

Celebremos que en Trujillo haya florecido, cual robusto cedro del Líbano, un sacerdote como este que acaba de morir. Porque en su larga y jugosa vida, bien hemos podido contemplar una ardiente fe y profunda perseverancia en el altar; su celo encendido por el triunfo de la Palabra de Dios; íntima y fervorosa constancia en la oración; el vigoroso espíritu creador de una Institución Religiosa; su ardor infatigable en la defensa de los sacratísimos derechos de la Iglesia de Jesucristo; el talento y la memoria feliz en las grandes realizaciones históricas de nuestro pueblo, hoy por ventura plasmada en un hermoso libro sobre la Historia de Trujillo, de lo que ya saben mucho los lectores de esta revista; la paciencia benedictina para ordenar los millares y millares de legajos y los documentos famosos que atesora el Archivo Municipal trujillano, que él, en calidad de Archivero Bibliotecario, manipulaba; ese divino e incansable afán por alumbrar vocaciones religiosas y formar sacerdotes del Señor que le inquietaba... Don Juan, fue un hombre creador, pero de obras grandes del corazón.

Cualquiera de tan fecundas facetas de su vida, hubiera sido bastante para absorber, con creces, la actividad de un hombre laborioso: El, las llevó todas de frente. Por ello, su preclara tarea pasma por lo ingente y maravillosa.

Don Juan, era la estampa clásica del sacerdote católico, Eclesiástico puro, sin dobleces, pero siempre al día, modernizado con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia y de los Pontífices, de teólogos y autores serios. Seguía, paso a paso, las sólidas doctrinas conciliares, cuyo amplio desarrollo estudiaba, sin adelantarse jamás con innovaciones perniciosas de ningún género, hasta tanto fueran puestas en vigor por la Jerarquía.

Teólogo y canonista, orador y filósofo, pedagogo, publicista y literato, siempre brillante. Y como historiador, daba testimonio público de su inmenso saber, ante los infinitos grupos de personajes que han desfilado por Trujillo a lo largo de estos años en sus visitas de índole histórica y monumental: Conocía y amaba, como nadie, la historia imperial de su pueblo.

Digamos sin reparo alguno, que, ante todo y sobre todo, era un sacerdote de la Iglesia de Dios: Todas sus facultades quedaban subordinadas al servicio divino, a la misión sacerdotal, salvífica, que iluminara su vida como llama inextinguible.

* * *

Las nuevas generaciones no conocen a fondo el apogeo triunfal de este sacerdote venerable.

Don Juan hablaba con tanta brillantez como escribía. Muchos de sus mejores sermones fueron predicados en solemnes novenarios de la Virgen de la Victoria, o al Corazón de Jesús, y el tradicional de las Siete Palabras. El ardor evangélico fluía de sus labios como de fresco hon-tanar, lleno de espiritualidad y de fuego comunicativo arrollador. Poseía unas privilegiadas cualidades de orador de primera fila. De haberse dedicado a la predicación sagrada, seguro que hubiera escalado la categoría de magistral, pero de magistral metropolitano. Su cultura, el conocimiento de la Historia, los afanes por el dominio del saber, divino y humano, le abrieron de par en par las puertas de la Academia de la Historia, y un puesto destacado en el Instituto Venezolano de Cultura Hispánica, y pusieron en su mano la pluma de oro en calidad de Cronista Oficial de la ciudad de Trujillo.

Todavía recordamos las jornadas del inolvidable Año Mariano. Ambos íbamos divulgando la «Fulgens Corona» del celeste Pontífice Pío XII, y las grandezas de la España inmortal de la Inmaculada. Lo cierto es, que los grandes amores que alentaron su vida, fueron la devoción a la Eucaristía y a la Virgen bendita, rosa de misericordia y amor.

De la Virgen, aparte de numerosos escritos, nos ha dejado un precioso libro sobre Santa María de la Victoria, Patrona de Trujillo, ya agotado. Y no hace mucho que, para la nueva edición, nos encomendó la tarea de hacerle un prólogo, que de todo corazón agradecemos por la dichosa oportunidad de escribir sobre la Santa Madre de Dios.

También las fiestas en alabanzas de Jesús Sacramentado, eran de su preferencia esencial. De singular modo, la gran fiesta nacional del Corpus a cuyo estudio dedicó preciosos trabajos sobre la tradición eucarística de Trujillo.

* * *

Pero la obra cumbre y genial de don Juan, ha sido, sin duda, la Congregación Religiosa de las Hijas de los Dolores de María Inmaculada. Aquí actuó como un hábil y diligente sacerdote-arquitecto, creador. Adivinó la esencia apostólica del pensamiento de la Reverendísima Madre General, Sor Antonia Hernández Godínez, piadosa dama trujillana, hasta convertirlo en realidades fecundas, que obligan en justicia, a catalogar su nombre en el cuadro escogido de Fundadores de Institutos Religiosos, a los que la Iglesia reserva preferente lugar. ¡Qué encuentro, radiante de felicidad, el de la Fundadora y el Fundador, en la Gloria!

¡Y qué ciertas han sido las esperanzas! Porque desde los primeros tiempos acá, la diminuta semilla ha crecido como la del Evangelio. Sus ramas se han extendido como sol espléndido llevando la acción bienhechora desde la Casa matriz de Trujillo, a numerosos pueblos de España, hasta la hermana Portugal, y saltando sobre el mar, las santas monjitas, con su hábito negro, señal de sacrificio y penitencia, y su divisa inmaculista, símbolo de pureza, han llegado en alas de la pureza y sacrificio, a pueblos de Hispano-

américa, a proseguir la obra civilizadora de nuestros gloriosos conquistadores.

¡Con qué entusiasmo nos hablaba don Juan de sus santas monjitas! De su alto grado de espiritualidad cristiana. De sus eternos afanes misioneros. De la recia formación católica y española que recibían las alumnas en sus Colegios. De la competencia pedagógica en los varios grados de enseñanza. Del vivo espíritu de oración y sacrificios que las distinguía... De su amor a la Iglesia y a la vida parroquial. De la santísima obediencia!

Y terminamos: la personalidad de don Juan tiene muchos tomos, que hoy, no podemos registrar. Pero sí, haremos un breve recuerdo del emocionante traslado de los restos mortales de tan venerable sacerdote del Señor.

* * *

Su casa-morada se había convertido en capilla ardiente, de donde el día después de su fallecimiento, a las diez y media de la mañana, partía el cortejo fúnebre, entre general repique de campanas y cantos funerales...

Ya se encuentra el féretro en el templo de San Martín, vestido de luz como en sus mejores fiestas y dispuesto para la solemne Misa de *corpore insepulto*. El sagrado recinto aparece abarrotado de fieles. Y en el centro del crucero y sobre enlutado túmulo, los restos mortales del finado, en una caja con dos coronas de verde natural y lindas flores olorosas.

Oficia el piadoso párroco de San Martín, don Ramón Núñez, asistido de los presbíteros don Juan Bravo y don Juan Antonio Andrade, con otros de roquete.

En lugar destacado, las presidencias: En la familiar el sacerdote don Juan Tena, sobrino del extinto; el Ilmo. Sr. don José Fernández, coronel castrense de la Marina, primo y otro sobrino, don Vicente Tena, con varios familiares más.

La eclesiástica, presidida por el doctor don Manuel Chamorro, arcipreste; don Florián Rodríguez, párroco de Santa María la Mayor, y numerosos sacerdotes llegados de tantos pueblos, como jamás hemos visto: asistieron cerca de medio centenar, y entre estos, muchos que fueron iniciados en los estudios del Semi-

nario y alentados por don Juan: eran los agradecidos a su celo pastoral.

La presidencia civil, estaba integrada por el Alcalde don Ezequiel Pablos, con el Excmo. Ayuntamiento en pleno, el Secretario, público testimonio de reconocimiento a la copiosa labor realizada al frente del Archivo y otros importantes servicios; dos alcaldes anteriores, en el velatorio; hicieron idénticas manifestaciones: Don Juan, uno de nuestros mejores colaboradores. También figuraba el Teniente-Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Cáceres don Valeriano Gutiérrez Macías, militar y hombre de letras.

Otra presidencia, la formada por las Reverendísima Madre General de la Congregación y cargos directivos, con más de cien religiosas, cada una con su vela, que habían llegado muchas de ellas de fuera, para rendir este último tributo al P. Juan, su Fundador y Director espiritual de todas.

Y luego, representaciones de monjas de otros Conventos y Colegios. La V. O. T. de San Francisco, con su estandarte, porque don Juan era terciario franciscano; colegialas del Corazón de Jesús, con sus banderas e insignias de las asociaciones, corriendo la parte musical a cargo de sacerdotes de la localidad y de otros pueblos, bajo la dirección de don Carmelo, maestro Capilla de la Catedral de Badajoz, que cantaron maravillosamente.

Más que un día de luto, semejaba aquel inmenso concurso de fieles en torno al féretro, un canto de victoria por encima de la sombra agobiante de la muerte. Era la glorificación del sacerdote ejemplar que durante más de cincuenta años, venía laborando en nuestro pueblo por el Reinado de Jesucristo, exaltación de la Iglesia y de España.

Y este triunfo prosiguió luego a lo largo del recorrido hacia la última morada, no sin antes detenerse frente a la fachada principal de la Casa Madre, a rezar un responso.

¡Qué bien cuadra el pensamiento del evangelista San Mateo, sobre los talentos, a la vida de don Juan!

Seguro que ya habrá recibido el premio del Señor, en pago a tan generosa fidelidad a sus enseñanzas.

MIRADOR

CRONICA

Afortunadamente para el cronista, el fértil pulso cultural de Extremadura le facilita estimuladamente la tarea de escribir «MIRADOR». Para ello no tiene más que ordenar «in mente» la exuberante cadena de acontecimientos del citado orden, para presentar, en sustancia, su «doy fe», notarial y burocrático, si se quiere, pero que implica necesariamente la labor del escritor y del periodista, más de éste, que ha de dejar, para la posteridad, «certificado» de los actos, cosas, hechos y costumbres que los humanos van sedimentando en la carrera fantasmagórica de los días. Ellos pasan raudos, dejando la secuela de toda acción y de todo exordio, y quedando en la fisonomía animico-demográfica de los pueblos el valor de sus decisiones, con todo lo que lleva de grandeza y servidumbre la conciencia de los hombres.

Notaría y literatura, tienen pues, no pocas aristas de contacto. Un documento notarial —que está hecho por un perito en «letras», como es el abogado—, es, o puede ser, un monumento literario, sin más ambages que la emotividad que le presta la solemnidad del signo y rúbrica, su fuerza argumental —que en realidad siempre suele ser de inequívoca trascendencia— y la autoridad jurídico-literaria de su autor.

Y un artículo periodístico, que vincula al escritor a las veinticuatro horas de actualidad en que lo escribe; una crónica exaltativa o un editorial de prensa, tienen mucho también de esa faz notarial de unos folios, «todos sellados y rubricados», porque equidistan un palmo de lo mucho que tiene que decir el periodista de verdad, de amor y de narración viva y actual, como hace el escribano.

Y como este trabajillo se asemeja bastante a dejar constancia de lo acaecido, y ello es mucho, como se alude al principio, surge la facilidad descrita para ello, máxime cuando uno es ayudado con las notas y los cartapacios que de estos menesteres guarda, como en cofre, el señor Gutiérrez Macías, archivo y pasión, de y por Extremadura.

Cuidadosamente hemos seleccionado esas notas amorosamente conservadas, y ello nos da más que suficiente control para sentar orientativamente las premisas de este primer semestre de 1967, que fue tan rico en venturas y aventuras que silvan sideralmente el meridiano entrañable de Extremadura, con sus hijos por protagonistas.

I. — TURISMO.

— Se reunió la Subcomisión de Turismo de la CITE, esforzándose la misma para promocionar popularmente, y con efectividad, a base de una intensa y eficaz propaganda, el conocimiento de la provincia de Cáceres, mediante la exposición «Conozca usted la provincia», y la adjudicación del concurso de carteles anunciadores de los monumentos de la misma, con sus características peculiares, para ilustración de los viajeros y turistas que penetren en las fronteras provinciales.

— Se celebró el «Día del Turista», una jornada que adquiere ya fuertes caracteres en todos los sitios donde se celebra, y que tiende a la exaltación del turismo como medio de vida de relación de los pueblos, y a agradecer al turista, con obsequios, bebidas y publicaciones su amable visita. Concretamente, llegaron a Cáceres ese «Día», personas procedentes de